



COLEGIO
DEL SALVADOR

Concurso Literario 2020

PALABRAS DE ENCUENTRO



CUENTOS GANADORES



AMDG

CUENTOS

CATEGORÍA 1 (7º grado , 1º y 2º años)

Mi vida en la cuarentena **PREMIO**

Francisco Lata, 2do C

Día 1 Se suspendieron las clases y por ahora no saben qué va a pasar; estoy muy contento porque voy a poder relajarme un poco del colegio.

Día 5 El colegio ya empezó a mandar tarea, pero no es tan difícil, entonces me la saco de encima rápido y después hago cualquier cosa. Por ahora, no tenemos clases, así que estoy durmiendo cuando quiero, básicamente

Día 12 Ya empezamos a tener más tareas y puede ser que tengamos clases virtuales, pero sigo teniendo mucho tiempo libre y el horario corrido, así que no me quejo.

Día 27 Tuvimos nuestras primeras clases virtuales y tenemos un cronograma con ellas, así que ya no puedo dormirme cuando quiero. Me estoy aburriendo de tener tanto tiempo libre.

Día 49 Esto va para largo y estoy empezando a correr con el colegio porque me distraigo y pierdo el tiempo en otra cosa y no me doy cuenta. Parece que esto tiene para largo.

Día 52 Me uní a un servidor para hablar con gente porque estaba cansado de siempre lo mismo y me está gustando el servicio. Hay mucha gente interesante.

Día 63 Soy un administrador del servidor y ya me hice unos cuantos amigos. Con el colegio me pude arreglar un poco, pero sigo teniendo clases y tarea. Quiero volver a las clases presenciales.

Día 98 Sigo estando en ese servidor y ya soy famoso, por así decirlo. En el colegio sigo bien, pero hay veces que me olvido de cosas y las hago a último momento.

Día 115 Hoy vinieron nada más dos extraterrestres a visitarme, lo que es algo normal. También se peleó Godzilla con una nave espacial y casi explota la Tierra, pero como te dije, todo normal.

Día 123 Ahora nos están reclutando los *aliens* para formar parte de su ejército y convivir con ellos; me hice un amigo extraterrestre que se llama Henry, él me dijo

que nos van a comer, pero seguro que lo dijo en broma porque siempre hace esos chistes.

Día 125 ...

Cazamonstruos Primera Mención

Alejandro Demaio; 1º año C.

Me despierto en la mañana, aproximadamente a las 8 A.M. con una canción que me encanta. Puede que me vista tanto como que no.

Es casi cómico; la típica pesadilla de ir en calzón al colegio ahora no es tan irreal.

Mi celular está cerca; vibra; me llama; nadie me observa, la profesora no podría notarlo. Pero me resisto.

Me llegan mensajes de mis amigos a través del chat privado de la reunión virtual, que me invitan a jugar videojuegos después de la clase. No les respondo.

No entendí la consigna que la profesora nos asignó. Me disponía a preguntarle cuando el tiempo de la reunión llegó a su límite.

- En una clase normal, esto no hubiera pasado- pensé.

Era viernes y las clases habían terminado. Empecé a vestirme para salir con mis amigos; no había arreglado nada aún, pero algo se me iba a ocurrir.

Me ajustaba el cinturón y noté la estupidez que estaba haciendo.

- Sí que soy tonto.

Estaba aburrido. Mis papás estaban trabajando y no tenía hermanos con quienes jugar. Ya había completado todos mis videojuegos y la tarea la había revisado hasta mi abuela.

Un día (y acá es donde la historia se pone interesante), mientras se arreglaba, mi papá me tira una remera en la cara y me dice que me prepare.

- ¿Para qué me preparo, nos invaden los alienígenas? - Dije de manera burlona. Cabe recalcar que terminé sin televisión por ese día.

Resulta que los niños ahora podían salir de sus casas, aunque solo por un tiempo limitado, y los sábados y domingos.

A decir verdad, estaba algo nervioso, porque, bueno, ¡No salía desde hacía dos meses!

Imaginaba que estaba en una película, de esas donde hay un “más allá” lleno de monstruos. Un mundo distópico. Supongo que porque era chico, pero empecé a creer que esas historias fantasiosas podían ser reales. ¡¿Y si todos los que salían caían en un hechizo malvado del que no podrían escapar jamás?! ¡Mis papás estaban hipnotizados por el malvado Coronavirus o como se llame! Pensamientos como ese rondaban en mi infantil cabeza.

Tampoco entendía mucho eso del “barbijo” o “tapabocas”, ¡Me parecía muy sospechoso! Igualmente, me obligaron a usarlo.

“No toques esto; lavá aquello”, me recordaba a esos trastornos obsesivos compulsivos de limpieza y orden.

Entre pensamientos, llegó la hora de salir. De salir a ese lugar oscuro, dominado por extraterrestres. Para mi desgracia, afuera estaba peor de lo que pensé, debido a que... ¡Yo era el objetivo de los monstruos!

¡Todos me observaban! En la calle, y hasta cuando entramos al supermercado para comprar la comida, ¡siempre! Me raptarían y me harían su cena, pero no podía escapar. ¡Lo peor es que mi papá era su cómplice!

Uno de los demonios estaba por atacarme, sediento de sangre, e intenté defenderme. Entonces, él se disculpó por el atacante y hasta le dio el chupetín que me había comprado a su malvada cómplice (su hija).

Tenía que escapar de ese lugar y volver a casa lo más rápido posible, de lo contrario, sería el plato principal de esos demonios.

Recordé a mis amigos: Manuel, Mateo, Pedro, Lucas... Bueno, no es necesario que diga todos sus nombres; son los de siempre. ¿Ellos estarían bien? ¿Podrían contra las bestias? ¡Yo era el único que podía salvar a la humanidad de esa catástrofe! O al menos así sucedía en mi alocada historia.

La calle no solo estaba plagada de demonios, sino que también había obstáculos por doquier. Barreras, rayos que no permitían el movimiento a los humanos, guardias...

No voy a mentir, fue difícil superar todos esos obstáculos, pero logré hacerlo con mi gran determinación. No me rendiría así de fácil; no podía hacerlo.

Me imaginé a esa gente que aparecía en la televisión herida tras pelear contra los demonios dándome las gracias por haberlos salvado y recordándome como a un increíble héroe cazamonstruos. En serio, no entiendo cómo esto pasaba por mi cabeza.

En fin, tenía que prepararme para lo peor.

Ya estaba volviendo a mi guarida secreta (mi departamento), nada podía salir mal. Me prepararía con todo para salir victorioso contra el mal.

Apenas ingresamos en el edificio salí disparado hacia mi guarida (mi departamento) para juntar la mayor cantidad de armas y municiones posible.

Corría pasillo por pasillo en busca de objetos que podrían serme de utilidad cuando, repentinamente, me topé con un espejo en el medio del camino.

Todavía recuerdo la vergüenza que sentí al enterarme de que tenía una tira de papel higiénico colgando de mi pierna.

A veces vemos a los miedos peores de lo que son.

Entrevista a Matías Araujo **Segunda Mención**

Berrios Fermín y Montesano, Tomás; 1º año B.

-Señores y señoras nos encontramos hoy con el señor Matías Araujo, una de las personas que más se sacrificaron por otros en la famosa pandemia de hace 30 años. Muy buenos días, Matías.

-Buenos días, Alberto. No se puede imaginar la alegría que siento por estar aquí

-Lo mismo sentimos nosotros por tenerte con nosotros el día de hoy. Te preparamos algunas preguntas y si te parece, empezamos ahora.

-Con mucho gusto, pregunte nomás

-¿Cómo fue vivir en los tiempos de la famosa pandemia del 2020?

- Pues... en esa época yo tenía 18 años y muchas ganas de ayudar a los demás, pero también muchas limitaciones, como mis padres, que eran parte del grupo de riesgo por su avanzada edad.

“Mis Padres y yo vivíamos en un barrio privilegiado. Mi padre era psicólogo y mi madre era ama de casa, pero yo quería dedicar mi vida a ayudar a los demás y más en esos momentos en los que se veía el terror de la gente y poco a poco aumentaban los casos y la muerte. Cuando les dije esto a mis padres, mi papá no

quedó del todo contento ya que mi abuelo había hecho lo mismo que yo, pero terminó muriendo por una enfermedad rara que contrajo mientras ayudaba a los más pobres de Estonia, y mi padre no quería que eso mismo le sucediese a su hijo. Ese mismo día, vi una publicación de un movimiento llamado “Grupo Copate” y me motivé aun más a ayudar a los más necesitados, pero también tenía en mente la opinión y la situación de riesgo de mis padres. Recordé que uno de mis amigos, Pablo, se encontraba en la ciudad y ya participaba en el Grupo Copate, así que hablé con él y le pregunté si podía hospedarme en su departamento para así poder ayudar a las demás personas sin contagiar a mis padres. Él accedió. Esa noche supe que decirle esto a mi padre sería una de las cosas más difíciles que tendría que hacer. Al día siguiente, hablé con mi madre acerca de esto y de qué manera podría decirle esto a mi padre y cuando él se despertó y le dije lo que pensaba entró en cólera diciéndome que le había fallado. Entonces, en ese momento, lo decidí. Esa misma noche dejé una nota y me fui.

-Lamento oír eso, Matías.

- No lo lamente, cosas como esas son las que nos convierten en lo que somos y, además, ya han pasado 30 años desde que pasó todo.

- Si no le molesta, ¿podría decirnos qué pasó luego?

-Bueno, como estaba diciendo, dejé la nota y me fui con Pablo. Cuando llegué a donde vivía Pablo me contó en qué consistía el grupo, ya que él había participado en él durante un tiempo.

-¿Y en qué consistía ese grupo?

-En ese grupo básicamente nos dedicábamos a ayudar a todos los que necesitaban nuestra ayuda; repartíamos alimentos, barbijos, medicamentos, entre otras cosas. También, una vez al año hacíamos voluntariados con una corporación llamada Fe y Alegría. En estos voluntariados arreglábamos las escuelas antes del inicio de las clases para que la escuela estuviera en buenas condiciones. En el grupo, además de todos los chicos que queríamos participar, contábamos con un médico recién recibido y un cura, que participaba en el grupo desde el que este se creó, en el año 2013, fundado por ex alumnos del Colegio del Salvador, colegio al que asistí. Hoy en día, Pablo y yo seguimos participando en este grupo e incentivamos a más personas a unirse a este movimiento.

-¿Y cómo sigue su historia?

-Cuando empezamos a repartir barbijos, comida y medicamentos empecé a sentirme nervioso ya que no conocía a nadie y no estaba acostumbrado a ayudar tanto a la gente e incluso ponerla por encima de mí. En ese entonces, era bastante egoísta, pero seguía teniendo ganas de ayudar. Pero un día, algo me hizo cambiar por completo. Mientras repartía comida, unos niños muy agradecidos y humildes quisieron compartirme un poco de lo poco de comida que tenían a pesar de que eran parte de una familia muy numerosa y ellos estaban más flacos de lo normal. No sabía si aceptar la comida, ya que ellos la necesitaban más que yo, pero como toda la familia insistió, terminé aceptando una pequeña parte de lo que me ofrecían y me dirigí con ellos hacia su casa para compartir el almuerzo. Al entrar, vi una realidad totalmente diferente a la que yo vivía en casa de mis padres. Había tan solo una pequeña cocina con un horno peligrosamente viejo y una heladera que apenas soportaba y enfriaba la comida, una habitación donde había a simple vista 10 colchones en el suelo y un baño muy pequeño en el fondo. En cuanto a la estructura de la casa, parecía que las paredes soportaban el peso de milagro y el techo parecía que se vendría abajo en cualquier momento, pero la familia no parecía preocupada por todo esto. La mesa, que se encontraba en la cocina era muy vieja y sus patas casi no aguantaban y como no había sillas, se arreglaban con lo que podían encontrar. Uno de los niños, Joaquín, levantó un pequeño banco y me lo alcanzó, pero no pude aceptarlo ya que era donde se sentaba el pequeño. En su lugar, me senté en una vieja caja de madera. Cuando la mamá de la familia terminó de poner la mesa sacó una de las barras de pan que habíamos traído. Luego sacó una jarra de agua y unos vasos hechos de botellas y por último, una gran ración de fideos. Los niños eran bastante educados y esperaban su plato pacientemente mientras la madre servía algunos fideos sobre mi plato.

-¿Cómo te sentiste en ese momento?

-Me sentí bastante conmovido ya que era la primera vez que me veían y ya habían puesto todo lo que tenían a mi disposición, su casa, su comida, sus posesiones e incluso un niño quiso prestarme el banco donde él se sentaba, sabiendo que tendría que comer de pie. Me dieron todo y eso conmovió a cualquiera.

-¿Qué hiciste luego de comer?

- Luego de comer salí a la calle y vi a unos niños jugar con una pelota desinflada y gastada. Entre la muchedumbre y los gritos pude reconocer la silueta de

Joaquín, me dirigí hacia él y le prometí que cuando todo esto terminara le llevaría una pelota nueva. Me miró muy agradecido y, de la nada, me abrazó. Recuerdo ese momento como si me hubiese sucedido ayer.

“Luego de unas semanas de entregar alimentos, barbijos y esas cosas empecé a sentirme mal, tosía mucho y tenía mucha fiebre. Pablo, preocupado, llamó a un médico para informarle cómo me sentía y este me diagnosticó Covid-19. Muy desesperado, llamé a mi padre y le conté lo sucedido y le prometí que no perdería a su hijo al igual que a su padre.

-¿Qué pasó mientras estabas enfermo?

-Cuando me detectaron Covid-19 me llevaron a un hotel donde pasé los siguientes 15 días para ver cómo seguía la enfermedad. Durante mi estadía en el hotel sentí que me trataban bastante mal y no se preocupaban por cómo estaba emocionalmente sino de cómo se desarrollaba mi enfermedad. Luego, me trasladaron al departamento de Pablo donde tuve que estar aislado hasta que me curase, pero Pablo tuvo que irse a vivir con otra persona ya que yo tenía que estar aislado. Durante la estadía en el departamento de Pablo yo no podía salir para nada, entonces los vecinos tenían que hacerme las compras y las dejaban cerca de la puerta del departamento. Durante ese período también estuve bastante reflexivo y depresivo, ya que estaba solo y no paraba de pensar en cómo se sentía mi padre y también estaba asustado por temor a no poder cumplir la promesa que le hice.

-No puedo imaginarme el dolor y la tristeza que sentías mientras esto transcurría, aunque por suerte lograste vencer a la enfermedad. Si me hubiese pasado eso lo primero que haría al curarme sería visitar a mi familia. ¿Qué fue lo primero que hiciste luego de eso?

-Cuando me informaron que había vencido la enfermedad, le avisé a mi familia y cuando me retiré del hospital en donde me habían hecho los análisis para saber si ya me había curado, mi familia me estaba esperando en la salida y abracé fuertemente a mi padre para luego dirigirme a la casa de ellos. Luego de unos días, me junté con Pablo y él me dijo que tenía una sorpresa para mí y me vendó los ojos y me llevó hasta la villa Barracas 21-24, entonces me sacó la venda. Yo no entendía qué hacíamos ahí, pero sabía que Pablo tenía algo en mente. Noté que él tenía una bolsa en la mano y se veía algo redondo dentro de ella. Levanté la vista y los vi. A esas personas que me habían ayudado, que me habían transformado, a las personas que me habían dado todo lo que tenían. A las personas que me

convirtieron en la persona que soy ahora. A esas personas les debo todo. A esa familia que dio todo una vez y que estaba dispuesta a darlo de vuelta, a ese extraño que ya no era tan extraño. Tomé la bolsa que tenía Pablo en la mano y me acerqué caminando despacio hacia ellos. Saqué la pelota, una pelota nueva, bien inflada y colorida y se la entregué a aquel niño que sin conocerme me había entregado hasta su lugar en la mesa. Muy lentamente me abracé con cada uno de los integrantes de aquella numerosa familia con la que hoy en día sigo en deuda. Y, sin necesidad de decir palabras, me invitaron a comer de vuelta a su casa, y, como antes, acepté, pero esta vez sin vergüenza y no por compromiso, sino porque sabía que estaba frente a la mejor familia que había conocido en mi vida.

CATEGORÍA 2 (3º, 4º y 5º años)**Uno nunca escapa PREMIO**

Juan Kenny. 5º año Sociales y Humanidades

Nada había cambiado en la vida de Aarón Brown en los últimos veinte años. Su vida, aunque obsesivamente rutinaria, era más de lo que podía pedir y se encontraba muy contento con ella.

El doctor Brown era un hombre muy alto, casi de dos metros, que a sus casi 55 años se encontraba en una forma física de un tipo de setenta vueltas al sol y era lógico, gracias a dos décadas, durante las cuales no había hecho mas que un solo tipo de ejercicio: la caza de su comida, las liebres, que eran el único animal que habitaba allí además de su presencia. Era pálido y con una pequeña encorvadura en su espalda producto de una arrogante respuesta ante la necesidad de ir a un traumatólogo para mejorar, y muy probablemente curar, esa deformación.

No era tarea fácil reconocer su rostro. La falta de un corte de cabello o un recorte de vello facial por tan tanto tiempo viviendo en la oscuridad lo hizo tan irreconocible que, si en uno de esos largos años llegaba a cruzar caminos con alguna persona conocida muy probablemente no podrían ni reconocer sus hipnotizantes y oscuros ojos café que podían penetrar en un alma con tan solo una mirada fija. El hombre era impresionantemente flaco con manos y piernas tan huesudas que serian consideradas dignas de un esqueleto, pero no padeció nunca ningún tipo de enfermedad alimenticia, a menos que la calvicie sea considerada una de ellas, y ese mismo ermitaño escuálido no había hablado una palabra por 20 largos años.

Aarón Brown vivía en el medio de la nada, no le interesaba nada de la vida exterior desde que partió de la ciudad. Algunos dicen que llegar a quedar varado en el desierto es el peor de los destinos al que se puede llegar a colocar a una persona, pero no para el doctor, él quería estar ahí y la comodidad no le era un anhelo. Brown era una persona que podía ser visto de varias maneras por las personas que lo rodeaban cuando prefería no estar al margen de la sociedad, algunos dirían que era el hombre más confiable del universo , y otros les tomarían la contra y le responderían a aquellos que el Doctor no era más que un egoísta

miserable, pero si algo no había de dudar sobre Aarón, es que era una persona sumamente inteligente, muy por encima del promedio. El hombre había terminado sus estudios en la universidad de medicina en la mitad del tiempo de la cursada y logró lo mismo en el ámbito de la ingeniería.

Lo último que se supo de su persona fue que gastó una fortuna de su tarjeta MasterCard en la compra de un camión de mudanza y materiales tales para una construcción y decoración. Ningún conocido suyo supo nada desde ahí.

Nadie pudo entender porque se fue, ni tampoco a donde, el hombre necesitaba ayuda urgente, ninguna persona en el mundo puede aguantar en soledad una pérdida como la que había sufrido el 19 de Marzo del 2000.

La muerte es curiosa, nada se puede escapar de ella, al final de cuentas, todos somos envueltos por su manto negro y somos llevados a un lugar desconocido, donde esperamos encontrarnos con todas las personas que en algún momento de la vida fueron atrapados por la parca.

La Parca es veces descrita como un ente injusto que se lleva a las mejores seres muy rápido, y que deja que los villanos de este gran cuento conocido como “La vida en el Planeta Tierra” puedan planear sus más malévolos planes para manchar a la especie humana de un tinte que no es agradable a la vista de la historia.

Y, como injusta, también se la ha visto como un ángel de la bondad; cuesta pensarlo, pero la muerte es para muchos la que pone fin al sufrimiento de muchas almas en pena, que deambulan en el mundo atormentados por eventos del pasado o enfermedades largas y deprimentes, en búsqueda de un lugar donde la felicidad por fin los encuentre.

Y, así como están estas visiones de la muerte, Aarón Brown pertenece al primer grupo de pensadores. Al doctor le invadía la tristeza pensar que la parca no tenía nada mejor que hacer que llevarse a su hija y a su esposa en circunstancias que nunca supo entender, pero se las había llevado, y eso fue algo que no pudo manejar.

Un bandido, delincuente, cobarde y muchos más nombres para ese despreciable ser deambulaban por la mente del doctor cada vez que ese suceso se le venía a la cabeza.

La casa de Aarón Brown en el medio del desierto era pequeña pero acogedora.

Al entrar al hogar del Doctor Brown se encontraba una sala de estar bastante grande, pero que su tamaño significaba casi todo el lugar. Antes de escapar de sus tormentos en la ciudad, el hombre logró llevarse de su antigua casa un sillón de dos cuerpos marrón, una mesa de comedor y otra mesa ratona, un pequeño televisor Samsung de 14 pulgadas y un VHS. El sillón se encontraba pegado a la pared, que por detrás tenía una ventana que le permitía ver, cualquiera vez que el quisiese, a la nada misma. De frente al sillón estaba la pequeña mesa ratona que tenía apiladas, por orden alfabético, sus siete películas favoritas, cada una de las cuales tenía un día determinado de la semana para ser reproducidas a la noche antes de ir a descansar al dormitorio que se encontraba inmediatamente a la derecha del sillón. En el dormitorio no había más que una cama y una mesa de luz antigua donde reposaba una lámpara y, dentro de su único cajón, descansaba hacía ya veinte años, un revólver Smith & Wesson de calibre 38, con cuatro balas puestas.

Volviendo al gran *“living room”* del hogar, contaba con una biblioteca bastante grande para lo que era la casa, debía de tener allí unos cuantos libros que leía (y disfrutaba siempre) de tres a siete de la tarde. A la izquierda, mirando de frente a todo lo que fue descrito anteriormente, y, en el medio de esta habitación estaba la pequeña mesa de comedor, que contaba con tres sillas. Al lado de la biblioteca, había un muy pequeño baño, que solo contaba con un lavabo de manos muy sucio y un espejo en perfectas condiciones, ambos encerrados en un casi diminuto espacio. A la izquierda de el baño, casi pegado a él, estaba la cocina, que tenía un horno a gas, y colgados arriba de esta había una olla y una sartén.

De afuera, la casa tenía un aspecto que contrastaba con lo que era por dentro. La parte exterior del hogar nunca había sido pintada y su techo había sido preparado con poco entusiasmo por el Doctor, si alguna persona alguna vez quedara varada en el medio del desierto y se encontrase con la casa de Aarón, el miedo de todos los galones de agua usados y por usar fuera de la casa, el camión de mudanza destrozado y arruinado no muy lejos de ella y su aspecto exterior sacado de un cuento de terror, harían que pensase dos veces antes de entrar allí.

Lo que Aarón Brown tenía de genialidad, al haber construido una casa en el medio de la mismísima nada, haber conseguido crear electricidad con solo sus manos como herramientas y haber logrado sobrevivir dos décadas en soledad en el desierto, también lo tenía de obsesivo compulsivo, y nunca en veinte años viviendo solo quebrantó su rutina o se aburrió de ella. Empezaba su día las 5:00 AM, se

dirigía al baño y se miraba al espejo para contemplar su estado físico. A primera hora de la mañana, a las 5:30 AM, desayunaba la última liebre que había cazado el día anterior y la comía siempre en el mismo lugar de la mesa del comedor. Ya a las 6:00 AM, el doctor salía a cazar las liebres que terminaría cocinando en el almuerzo, en la cena y en el desayuno del día siguiente. Esta cacería siempre daba frutos, ya que en ese desierto si había algo que sobraba eran las liebres, estos animales de reproducción rápida y de inocencia adorable, le facilitaron la vida a Aarón durante toda su estadía en el desierto. Engañarlos y hacerlos caer en sus trampas le parecía al doctor una tarea de facilidad increíble. Volvía a su casa con tres liebres siempre a las 14:00 y almorzaba una de ellas a las 14:30. Luego de esto, se sentaba en su sillón a leer sus libros, a pesar de la gran cantidad que poseía, solo le interesaba leer tres de ellos. Le gustaba sentir el terror que su amigo *Jack Torrance* le brindaba leyendo *El Resplandor*, adoraba cómo su compañero *Robinson Crusoe* aguantaba el naufragio en esa solitaria isla y se emocionaba con las batallas que Santiago daba en *El viejo y el mar* y disfrutaba rememorando la vida pasada del Viejo. La lectura era la única compañía que tenía, y Aarón, aunque sabía que los personajes de sus queridas novelas nunca estuvieron con él, estaba seguro de que eran grandes amigos. Sabía que ellos no estaban allí, pero mentirse a sí mismo le parecía lo más saludable que podía hacer.

A las 19:00 dejaba la lectura y empezaba a cocinar la liebre de la cena para que a las 20:00, ya estuviera comiendo la última comida del día en su lugar en la mesa del comedor.

Cuando finalizaba de comer a las 21:00, reproducía en su videocasetera una de sus siete películas preferidas hasta a las 23:15.

A las 23:20, se iba a ver una vez más al espejo de su baño antes de irse a dormir, para asegurarse, de que seguía siendo la misma persona.

Y a las 23:25, ya había terminado el día para el doctor Aarón Brown.

La rutina del doctor Brown marchaba de forma espléndida el 19 de marzo de 2020, Ya había acabado de leer *El resplandor* y se disponía a preparar la cena que venía haciendo todas las noches durante dos décadas: sopa de liebre.

El doctor ya había prendido el calor para preparar su acostumbrado plato, cuando, inesperadamente, sintió un gran estruendo proveniente de la sala de estar.

Molesto por perder su valiosísimo tiempo, fue al lugar donde escuchó el sonido para encontrar algo, que a sus ojos, le era muy extraño.

El Resplandor había caído al suelo.

Sorprendido por la situación que le quitó tiempo en la cocina, Aarón agarró su libro y lo colocó en el lugar que le correspondía, entre una polvorienta edición de *Diario de un seductor* de Kierkegaard y de *El viejo y el Mar*, de Ernest Hemingway.

El hombre volvió a la cocina, y volvió a lo suyo, con el ceño fruncido.

-Nunca en veinte años, pasó semejante atrocidad en mi casa, ¡Juro haberlo guardado bien! ¡Es imposible! -pensaba el hombre asombrado cuando su quejoso pensamiento fue interrumpido.

Se volvió a escuchar un estruendo de la sala de estar.

El viejo y el Mar había caído al suelo.

“¡Que pesadilla!”, volvió a atracar su conciencia sobre el libro caído en el piso y el desorden que encontró en sus horarios. “¡Estoy perdiendo demasiado tiempo en pequeñeces! ¡Qué tonto fui! ¿Por qué no aproveché la anterior vez para fijarme que todo estuviese en orden? ¡Es todo culpa mía! ¡Jamás podré recuperar este tiempo perdido! ¡Nunca me voy a perdonar no haberlo hecho antes!”, pensaba el Doctor.

Apurado, Aarón se fue lo más rápido que pudo a levantar el libro, se aseguró que estuviese bien acomodado entre *El resplandor* y *Fahrenheit 451* (otro de los libros que coleccionaban polvo en su biblioteca) y volvió a la cocina lo más rápido posible.

En la mente de Aarón, esto era una tragedia peor que cualquier otra. Pero entendió que esta catástrofe tenía que ser superada para seguir con su movimiento rutinario. No le fue fácil, mientras cocinaba su sopa de liebre, el ermitaño doctor se sentía realmente muy preocupado por la situación recientemente vivida, ¡Nunca en veinte años le había pasado algo así! Se sentía frustrado y malhumorado, pero de todos modos logró, a pesar de esos dos exhaustivos minutos, tener la cena servida a las 20:00.

Al entrar en la sala de estar, un hombre alto con un manto negro que le recorría todo el cuerpo, pisaba *Robinson Crusoe*.

Silencio total.

El hombre no le permitía al Doctor Brown ver su cara, la capucha de ese extenso manto negro no le permitía a Aarón reconocer a su invasor.

De repente, Aarón supo quién era.

La muerte había llegado.

-Te has estado escapando por mucho tiempo- dijo la figura

-¿Quién es usted?-preguntó Aarón aparentando tranquilidad absoluta. Era la primera vez que decía una palabra en dos décadas.

-La justicia nos llega todos tarde o temprano- dijo el hombre cubierto de negro- Nadie se libra de lo que está viendo usted ahora mismo.

El doctor, incrédulo y asustado preguntó:

- ¿Justicia?, ¿qué he hecho yo para que me acuse de haberme salido con la mía?

- Usted asesinó a su esposa y a su pequeña hija, y se ha escapado aquí para evitar el mayor juicio de todos, ¡El mío! ¿Realmente pensó que podría escaparse de mí? ¿Acaso usted no sabe con quién esta hablando?.

-Yo no maté a nadie”

-Sí , lo hizo.

-¡No! ¡Jamás haría eso!

-¡Pero lo hizo! Y sin vacilar. Acabó con la vida de una niña de cuatro años y la de la mujer que amaba.

-¡No es cierto!

-¡Yo lo vi!, un asesinato cruel y despiadado, digno de un bandido, de un delincuente o de un cobarde. Exactamente veinte años atrás, a las 15:00 PM, se encontraban los tres juntos tomando el té. Cuando su hija le mostró un dibujo que había hecho ella sola en la escuela ese mismo día, ¡su hermosa cara se veía iluminada de orgullo, al ver que su padre. ¡Su ídolo! sonreía, sin ver lo macabro que se encontraba escondido en su sonrisa.

-Basta, ¡no es cierto!-decía sollozando Aarón

-Pero Aarón, tu ego del tamaño de una pandemia global, tenía que ser más grande que el amor por tu familia ¿Piensas que puedes verme? ¿Crees que sabes quién soy? Pensabas, enojado por su inocencia, pero lo tomaste de la manera equivocada, ¡Ay, qué equivocación la del maldito Doctor Brown!

-Basta- repetía Aarón.

-Y la mataste, agarraste el arma que ahora tienes en tu dormitorio, y la asesinaste, y te sentiste tan vacío, tan triste al ver que la cara de tu esposa era tan parecida a la de tu niñita especial que no lo soportaste, disparaste otra de las 6

balas de tu revólver contra ella. Y luego, después de la maldad de tus actos, te aislaste, guardaste el arma y nunca la volviste a ver, preferiste olvidar tu pasado, todo lo que hiciste, tus denigrantes actos, para siempre, pero adivina, adivinador... ¿Qué tengo en mi bolsillo?

Por cinco segundos, hubo silencio, Aarón no quería responder.

-Bueno, ya que no te sobran ganas de adivinar, lo que tengo es tu arma, pero no voy a dispararte, Aarón, no lo haré, haré algo que te haga sufrir como me hiciste sufrir a mí.

Gastó tres de las balas del revólver en los tres libros favoritos del doctor Brown.

Brown no aguantó, sus amigos, su invisible compañía, volaban por los aires, y las lágrimas salían por sus ojos como el agua cae en cualquier catarata. Destruído por lo que la fechoría que cometió aquella demoníaca figura, el doctor se abalanzó contra ella y buscó quitarle el arma. Esta se lo quitó de encima y le devolvió el golpe, lanzó a Aarón hacia su pequeño televisor Samsung y lo destruyó por completo. La pelea duró poco tiempo en la sala de estar y pasó rápido al dormitorio, La muerte agarró a Aarón y lo lanzó hacia su mesa de luz, golpeándolo tan fuerte que abrió la pequeña puerta de su cómoda. Abatido en el suelo, el sombrío ser se puso encima de él y lo empezó a ahorcar.

Con certeza de que era su final, Aarón de repente vio que, dentro de su cómoda, estaba su revólver, así que cuando vio una oportunidad, lo agarró y lo apuntó a la cabeza de su agresor.

La muerte sacó sus manos de su cuello.

-¡Dame una buena razón para no dispararte!- dijo Aarón con la cabeza sangrando después de la pelea.

El ente no se movilizó ante la amenaza, solo soltó una gran carcajada, y acto seguido, se sacó la capucha que cubría su cara.

No era ninguna figura sobrenatural, ni siquiera era la muerte la que lo estaba torturando, sino que era la misma persona que veía en el espejo todas las mañanas y todas las noches. Era él mismo.

-Ninguna- le respondió, y , en un parpadeo ,desapareció.

Aarón Brown se sentó en su cama anonadado y empezó a pensar en su crimen, en sus últimos veinte años de vida en el desierto, en cómo había hecho a la muerte culpable de su crimen por tanto tiempo, mientras que por cada pensamiento

que pasaba por la cabeza del doctor, el revólver Smith & Wesson, que ahora tenía solo una bala, se veía cada vez más seductor.

Su rutina había sido rota.

Quizás para siempre.

La transformación **Primera Mención**

Pedro Huarte. 3° Año

Imagínese, señor lector, estar tres meses sin poder ver a sus seres queridos, a sus amigos, sin compartir un mate o una ronda de chistes. Imagínese no ir al colegio por tanto tiempo, que hasta las caras de sus profesores o tutores, a los que veía diariamente, comienzan a desvanecerse. Esas aulas, esos momentos compartidos; de repente desaparecen y usted se queda solo. Dicha soledad, que entristece y que hace recordar momentos con nostalgia, también es disparadora de momentos de encuentro con uno mismo para conocerse. Los motivos por lo que uno se levantaba todas las mañanas cambian rotundamente y surgen nuevos, distintos, pero igual de alentadores que los anteriores. Las razones de antaño se convierten en recuerdos y se vuelven nostálgicas. En resumen, mi situación actual.

Soy Guillermo y escribo esto, sobre estas hojas, para dejar por escrito mis sentimientos y actitudes en estos meses; así, el día de mañana, cuando todo esto haya pasado, podré recordar con precisión estos meses. Hace ya 98 días, tercer año Sociales salía de esa aula tan añorada, hartos de la clase de italiano. Recién empezábamos el colegio y era viernes - día que esperaba con ansias para jugar a la *Play* y trasnochar de la mano de mi celular. Desde el lunes comenzaba a reencontrarme con todos esas caras, que, por las vacaciones, había olvidado. Esos amigos, profesores y tutores. Si bien el tema de la pandemia estaba presente en nuestras charlas, nunca creímos que iba a llegar a tal extremo, como el que hoy estoy viviendo.

Al salir de tan aburrida clase, Juan, a quien estaría extrañando mucho, me dice: "Che, ¿hoy nos juntamos?". "Uy que plomo con esto de juntarse", pensaba yo. Nos estábamos viendo y él piensa en volvernos a ver cinco horas después. Con una cara amarga y sin ganas dije: "Bue, si quieren..." Juancito riéndose me respondió: "Vaaamos, alegremos esa cara que es viernes. ¡Nos vemos en lo de Marquitos tipo 9, 9:30!". Ya había dicho que sí, no podía negarme. Iba a tener que dejar a mi querida *Play* para juntarme con el mismo grupo de personas que iba a ver diariamente en el colegio. Qué innecesario.

El sol cayó y me estaba preparando para ir a lo de Marcos y oí en el noticiero hablar del décimo contagio, pero me preocupaba más no saber a qué hora

volvería a casa, así que no le di importancia. Llegué a lo de Marquitos cerca de las 9.15 y después de saludar a todos, nos pusimos a hablar de los nuevos tutores y profesores. Y así se fue pasando el tiempo, y llegaron las 12.30 y Marcos nos echó a todos, ya que al día siguiente se iba bien temprano al campo. Yo me muero, sin internet, ni tele; en el medio de la nada. No entendía cómo alguien podía retirarse de su vida, del *Instagram* o del *TikTok*, que para mí eran todo. En fin, volví a casa caminando con Juan y creo que no nos dirigimos la palabra en todo el camino. Yo iba mirando el celular, y él hablando por teléfono.

Cerré la puerta rápido, saludé a mamá y me senté en ese sillón tan cómodo, que te desconectaba del mundo. Llegaron las 8 de la mañana y me había pasado toda la noche jugando a la *Play*. Solo, sin nadie más, ya que no jugaba *online* porque me aburría. Me fui a acostar pensando en qué podía hacer el día siguiente, y una parte dentro de mí, me convenció de ir a visitar a mi abuela. Me recibió con un budín y unos mates bien calientes. Estuvimos hablando un par de horas acerca del comienzo de las clases y luego nos pusimos a ver fotos. Yo era de estar mucho con mi abuela, pero ese día fue muy lindo. Recordamos a mi abuelo, a mi bisabuelo y se nos escapó una que otra lágrima. Mirando las fotos, me comprometí a ir a visitarla todas las semanas. Me fui de esa casa, llena de recuerdos, inundado de amor, con una alegría incomparable. ¡Qué bien que la habíamos pasado!, pensaba mientras caminaba rumbo hacia mi casa.

Pero desde ese domingo los días comenzaron a pasar como años. El presidente decretó la cuarentena, que dentro de otras cosas suspendía las clases. La alegría que me agarró, lo feliz que estaba porque se me aparezca de la nada esa posibilidad de no hacer tarea ni levantarme a las 7 de la mañana. Y así la cuarentena de tres semanas se convirtió en una de un mes y medio, que luego pasó a ser de tres meses, hasta llegar al día de hoy. Cuando todo esto comenzó, mi relación con mi mamá era perfecta y nos quedábamos mirando series hasta tarde. Pero como todas las cosas cambian, mi relación con ella también cambió. La relación con mamá empezó a gastarse, como si molestáramos al otro a propósito. Las cosas que no nos molestaban antes, ahora eran intolerables. Tal vez era por nuestros nervios y ansiedad al ver que la cuarentena no terminaba, o porque las seis horas que normalmente convivíamos ahora se convirtieron en dieciocho. Empecé a sentirme solo, dejé de hablar con mi mamá, y no me gustaba llamar a mis amigos, ya que al verlos me acordaba de todas esas veces que me negué a

juntarme con ellos. Aunque no lo decía, los extrañaba y los sigo extrañando. Me arrepentía de todo el tiempo perdido con ellos, de todas esas veces que preferí una televisión antes que una presencia, y eso no me dejaba dormir. Cuando mis amigos me llamaban, yo ponía alguna excusa con el colegio y no atendía. Estaba inmerso en la soledad; la cuarentena era lo peor que me había pasado. Por otro lado, las tareas y las clases se trasladaron a la computadora y fueron más pesadas que las presenciales. No disfrutaba esos cuarenta minutos de clase virtual y no me eran muy productivos. Eso sí, con la abuela, la comunicación no se cortaba. Cada dos días la llamábamos con mamá para jugar a la lotería y nos divertíamos como antes. Ver la avenida Callao sin autos, vacía, como nunca, me ponía triste, melancólico. Recordaba ese camino que hacía hacia mi querido colegio.

Hasta que un día, hablando con la abuela me dijo: “Nene, aproveché todas las oportunidades que tengas para estar con tus amigos. No te vas a arrepentir nunca de ninguno de esos momentos. Son únicos y quedan guardados en el fondo de tu corazón.” Única vez, creo yo, que hablaba profundo con mi abuela y ella me daba un consejo. Estaba decidido, tenía que hablar con ellos.

Terminé de hablar con ella y llamé a Juan. Me atendió alegre, como siempre, lleno de esperanza. Me comenzó a preguntar acerca de estos dos meses transcurridos en casa. Le conté de mis peleas con mamá, de las charlas con la abuela. Me invitó a hablar con los chicos en una videollamada, a lo que respondí entusiasmado que sí. Al verlos, no voy a mentir, lloré. Lloré como un bebé cuando le sacan su juguete y como un hombre cuando pierde a su madre. Era una mezcla de alegría y tristeza, una mezcla de sentimientos que me revolvían el estómago y me hacían hablar sin modular. Comencé a hablar con ellos todos los días, a disfrutar las clases virtuales y a extrañar el colegio, sentimiento que nunca pensé tener.

Hoy, pasados tres meses de cuarentena y tres semanas de aquella transformación en mí, la relación con mis amigos y con mi mamá se volvió muy profunda. Empecé a cocinar y volví a ver series con ella los fines de semana. Los juegos de mesa volvieron a nuestras tardes y la música volvió a sonar. La *Play* y el celular quedaron a un lado y me pude centrar en lo que en realidad me llenaba.

Realmente espero que todos hayan tenido esta transformación, y quien no la haya vivido todavía, insisto para que la tenga; porque realmente, mejora tu realidad.

Una noche de faroles brillantes Segunda Mención

César Tomás Bogado. 5to año Económicas

La noche es incesante cuando sus estrellas son simples y aburridos faroles. Tanta luz indiscreta tiñe el cielo de un negro turbio y profundamente lúgubre, donde la luna pierde su encanto y nosotros, sus pobres espectadores, la ilusión de dormir con otro sueño idílico. Es curioso que el ciudadano se haya olvidado de su magnificencia con el paso del tiempo: parece que en los pueblos ya no queda luz que se apague ni sombra que alumbre. Hoy se limita a ser, además de un mediocre ejemplar, el infame techo de nuestras vigiliadas.

Este caso no se escapó de la regla. De hecho, fue el envoltorio de una tragedia peculiar, destacada por sus tiranos caprichos. La calle podía relucir su vestido de una vez por todas sin ser atropellado por insolentes humanos. Nunca un aire fresco había sido respirado bajo el radiador de un restaurante. Los pasos suaves de las ratas junto con el rechinar de sus dientes eran un tintineo exótico para el mendigo, pues nadie había escuchado jamás un animal que no fuese el suyo. Los edificios eran fortalezas que albergaban personas carentes del deseo más instintivo de salir; todo por un miedo extraño que recorría lentamente la sangre del hombre derribando lo que él conocía como vida. Pocos podían divisar sus causas; la mayoría se negaba a abrir sus puertas y aceptar la naturaleza de un mundo distinto (me atrevería a decir escondido, más bien). Al menos, no era el terror de las calles desoladas lo que pintaba detalladamente la tristeza en el rostro de Antonio.

La esquina donde se solían escapar las melodías de los violines que decoraban al barrio sufría una noche de faroles brillantes. Era, en definitiva, un teatro; lo suficientemente humilde, y a la vez estafalario, para ser una obra de arte en sí mismo. Su arquitectura no era llamativa: una antesala pequeña, luego el simplón salón principal y, por último, el escenario. A pesar de su sencillo tamaño, no había vacío que sobre. Tapices rojizos en las sillas llamaban la atención del más incauto al entrar, mientras que una alfombra bordó se escurría bajo sus patas. A lo largo de las paredes se dilucidaban ciertas figuras, incoherentes entre sí, sobre un amarillo escueto: reyes, trovadores, tempestades e imágenes sin sentido alguno. El escenario resplandecía con su madera blanquecina y su fondo cambiante. Sin embargo, existía tras esa belleza acogedora un misterio hasta entonces ignorado.

Todo vivía bajo el reino de una luz poderosa, la cual partía de una lamparita ordinaria sin protagonismo alguno. Una que nunca nadie había visto.

Era el turno de Antonio en la función de esa noche. No era la época más propicia para representar un papel de aquellos que involucran el alma, pero siempre el aire se predispone a ser interrumpido por dulces palabras. Ya había alcanzado la medianoche y su reloj esperaba ansioso el comienzo de su obra. Pero había algo en la tensión de sus brazos que estremecía incluso a sus nulos espectadores. Pasaban los segundos, cada uno más longevo que el otro, y su postura erguida seguía sin otorgar un mínimo gesto. La única interpretación parecía ser la de su boca, disfrazada del juego del sapo cuando no hay quien le tire fichitas: abierta y solemnemente muda. Al minuto, una gota cayó de su mejilla. La maquinaria comenzó a moverse empezando desde sus ojos, los cuales se aterraban del silencio en la sala. Lentamente siguieron el mismo camino sus articulaciones, y apenas su garganta recuperó elocuencia se apresuró a dar fin a su obra.

Muchas veces había hablado con espejos o paredes que no le devolvían más que una fría indiferencia. Sin embargo, aunque los asientos no albergaban ningún cuerpo, el ambiente lo había frenado. Por un sencillo minuto todo perdió algo cuya existencia no había sido notada; todo salvo la luz del techo. Inmediatamente después del incidente, Antonio se desplomó de manera extraña. No se sentía débil ni adolecido; más bien estaba despierto, pero completamente anonadado. Tal vez había sido el pavor de no sentir nada o la desesperación de que nada le hablase. En cualquier caso, creyó necesario dormir para extinguir este fuego tan llameante.

Sobre el escenario colocó su cama, y no tardó en abrumarla de sábanas y almohadas. Era un rayo para encontrar cada pieza y un sabio para unir las. Sin embargo, al terminarla sólo le quedaba una misión pendiente: apagar la luz. Nunca antes lo había hecho por sí mismo realmente: eso siempre lo delegaba a sus compañeros que desperdiciaban sus horas jugando y cantando en aquellas noches que solían ser preciosas. Hubo alguna vez un otro, un jovial borracho o servil caballero, que sabía cómo apagar la luz de este teatro; ahora era su turno para ser el centinela de su función y no conocía siquiera cómo prender o apagar la lámpara que lo iluminaba. Al principio supuso que el interruptor estaría en la habitación detrás del escenario, de la cual se retiró sin ningún resultado. Analizó cada una de las columnas de cada uno de los pasillos y parecía que el simple botón causante de su estremecimiento se escondía voluntariamente en lo más profundo de sus

sombras. A tal punto alcanzó la desesperación que se arrastraba bajo los asientos del salón tratando de encontrarlo por obra de un milagro. Finalmente, luego de haber limpiado el piso con su disfraz medieval y de haber musicalizado con sus gritos los rincones a los que nunca llega la música, fue forzado a rendirse.

Una rabia confusa avanzaba por sus venas. Sólo había un paso entre vivir una pesadilla y dormir la noche con sus sueños, pero entre ambos la distancia se hacía eterna así como se iba convirtiendo la segunda opción en el anhelo de su pesadilla. Para su infortunio, las ideas genuinas se dormían una por una mientras los esbirros del diablo contemplaban un nuevo amanecer; sin embargo, en tal situación dudo que cualquiera pueda diferenciarlos. Después de revisar todo el teatro, Antonio pudo encontrar el cofre de disfraces, en el cual residía una nueva solución. De él se robó una bolsa de monedas. Con ella en la mano, se dirigió al borde del escenario, y empuñando una con la rabia que lo estaba hipnotizando la arrojó a la luz para romper el foco. No tuvo resultado. Repitió la acción, ahora con una furia comparable a la de un toro que ve un lienzo rojo. Nuevamente cayó del otro lado del salón. Tiró una y otra moneda, cada vez con más empeño, y aun así ninguna llegó siquiera a rozar el techo. La única carta en su mano terminó siendo la de enfrentar otro insomnio implacable.

Habían pasado dos horas desde el inicio de la travesía, pero en ningún segundo sintió escuchar que un objeto o dibujo en ese teatro le hablase. Sólo podía concentrarse en su rabia o en el leve calor que llegaba de la insoportable luz que protagonizaba esta tragedia. Aunque su deseo era dormir, debía de alguna forma acabar con el pesado aburrimiento que cosquilleaba su corazón endiablado, y a falta de audiencia que admirase su función sobre el escenario decidió inventar una por sí mismo. Fue así que empezó a recolectar algunos objetos del sótano para armar figuras raras, supuestas personas, que rellenarían los espacios vacíos sobre los asientos. Estatuas formadas con teclas de piano, baldes de pintura y telas olvidadas comenzaban a sentarse mostrando un respeto solemne que muchas veces no logran alcanzar otros teatros. Ya no había preocupación por silenciar la sala. Sin embargo, lo que pudo armar no llegaba a los seis muñecos y todavía quedaba una infinidad de sillas sin amo, pues los restos medianamente bellos del teatro ya estaban acabados. Pero una ansiedad oculta en la sensación momentánea de Antonio decidió continuar su proeza con materiales menos amigables. Mugre, madera rota, basura, pelos de rata, escobas e incluso algunos escarabajos que

visitaban repentinamente el sitio se apilaban y ajustaban simulando ser atentos espectadores. Ahora la escena del teatro era completamente distinta: un sinfín de personas de aspecto peculiar habían terminado de una vez el sentimiento tan doliente de su soledad.

Un respiro profundo fue su grito de gloria en su victoria frente a la pesadilla. Decidido a festejar pacíficamente, se sentó a admirar las nuevas sensaciones que lo invadían. Buscaba en los rostros un argumento para sus funciones, para lo cual sí contaba con amplia variedad de historias, haciendo volar la imaginación en millones de mundos paralelos. La euforia, no obstante, lenta se apaciguaba con el paso del tiempo mientras regresaba a la función un infame personaje. La luz infundía esta vez un calor sofocante cuyos látigos derribaban una por una las aventuras preciosas que habitaban en la mente de nuestro desdichado Antonio; ahora el constructor era ella, quien enaltecía la torre de su rabia y le limpiaba las ventanas simulando ser una cariñosa madre. En menos de lo que esperaba volvió al principio de la obra, pero la herida era imposible de ignorar.

Arrebatado, arrojó sus esperanzas a blanquear la mente con unos pocos vinilos que guardaba en un armario de la antesala. Colocó el gramófono al costado de la cama, antiguo intérprete de melodías magníficas, y entonó el silencio reinante con una exquisita melodía de violines. Mientras yacía en la cama, su mente empezaba a cesar con las ansias y terrores que poblaban esa noche tan extraña. Por un momento se olvidó del teatro; surgían de la memoria ciertos recuerdos de una ciudad distinta donde los niños estorbaban la celeridad de los caminantes y los ancianos condenaban su inevitable indiscreción. Los árboles eran el refugio de los enamorados bajo la lluvia, los balcones cubrían el sol extenuante del verano y los gritos del mercado interpretaban la melodía constante de la vida. Incluso, recordaba la magia de cada una de las estrellas que solía contar en su infancia, las cuales eran la única motivación de sus sueños y aventuras. Era una pena que el tiempo se lo haya llevado todo: a los unos con las tragedias, a los otros con la ambición. A pesar de los hechos ocurrentes, entre varios cantos la melancolía había tomado la mano de su insomnio y comenzaba a ahogarlo en el olvido. Sólo quedaba cerrar los ojos para que Antonio pudiese dormir de una vez por todas.

De pronto, el foquito de la luz empezó a titilar con una furia sorprendente. Al apagarse, el teatro entero se sumía en una plena oscuridad; al prenderse, el fuego del infierno se desprendía del débil cristal. El puño del desdichado actor se

levantaba inconscientemente mostrando una impotencia inimaginable. Las venas que en un principio se embadurnaban con tintes sutiles de rabia estaban rebosantes de ella. Tengo temor y, a la vez, algo de lástima, como para describir lo que transmitían esos ojos. Había perdido la batalla. Repentinamente tomaba cualquier mueble que cruzase su visión y lo arrojaba sobre el escenario: sillas, cortinas, pinturas, alfombras, mismo los espectadores de basura, presumían sus dotes aerodinámicos en medio de una escena depravada. Una vez que el cansancio se apoderó de su temple, se desmayó sobre el único asiento que dejó intacto en todo el salón. No quedaba energía alguna en su cuerpo ni esperanza que lo salve. Sin embargo, se decidió a quemar la pila de lo arrojado; y con ello, incendiar el teatro. Pero al abrir los ojos, la imagen viva de la frustración se había convertido en una fuente de lágrimas. Antonio no era capaz de creer lo que había hecho en el escenario. Una noche gastada en moldear la basura como reemplazo de humanos y en destruir el teatro de su alma gracias a una rabia ciega y tirana que luchaba contra la luz; luz que terminó siendo, después de todo, su único astro en el cielo.

De ahora en más dedicaría su estancia en el recinto para reconstruir aquello que molió sin precaución. El reloj era más generoso con sus ansias esta vez y le marcaba las diez de la mañana. Abrió las ventanas con la emoción de ver por fin al sol (nunca nadie lo había valorado tanto); pero la noche seguía siendo noche, y el vacío, vacío. Sin embargo, un aspecto sutil había cambiado en la calle moribunda. Los edificios seguían siendo fortalezas, los vagabundos permanecían sentados en la vereda, el frío perseveraba en congelar a las ratas; no obstante, la tenue y escondida luz que se reflejaba en el pavimento ya no venía de los odiosos faroles brillantes. Las estrellas habían regresado.

CATEGORÍA 3 (Adultos)

Un día en la vida de Efraín PREMIO

Jorge R. Fucaraccio; abuelo de alumno de 4to. Económicas.

Efraín Malaquino daba clases de físicas en varias universidades. Vivía con su mujer Ema, en un pequeño departamento del último piso de un viejo edificio sin ascensores, cerca de la placita Dorrego en el barrio de San Telmo.

— Me voy a trabajar al café y voy a llegar tarde — le dijo a Ema, dándole un beso.

Como a la mayoría de los físicos y científicos en Argentina, su magro salario lo obligaba a trabajar en varios sitios para tener una vida más o menos decente. Hacía unos meses que lo habían contratado para dar unas clases en un colegio secundario privado. Le pagarían muy bien, pero tal como ocurre con muchas de las cosas de esta vida, esa buena noticia tenía también un aspecto conflictivo para Efraín. Debía explicar las curiosidades de la física cuántica, sin recurrir al auxilio de su abstracto y bello lenguaje matemático. Sabía que se iba a meter en honduras cuando se asomara, aunque superficialmente, al “significado” de la Mecánica Cuántica. Algo en lo cual, ni los físicos más encumbrados entienden y ni siquiera se ponen de acuerdo. Ello es como hurgar filosóficamente en la propia “naturaleza de la realidad”.

Cuando llegó a la calle, recordó los dichos del famoso físico, premio Nobel, Richard Feynmann: “Nadie entiende la Mecánica Cuántica”.

Sin embargo, todos los físicos entendemos muy bien cómo usarla, los transistores, los celulares, el rayo láser y la resonancia magnética; ese infame tubo donde nos meten los médicos para mirar nuestro interior, son creaciones tecnológicas de la física cuántica.

La cuarentena del Covid19 había terminado y por lo tanto podría salir, pero eso sí, aún se debía usar el barbijo.

— Primero me tomaré un cafecito en mi bar predilecto, cerca del Parque Lezama, mientras pienso un poco cómo encarar las clases —, musitó para sus

adentros mientras bajaba las escaleras. Esos cafecitos mañaneros, antes de salir a trabajar, los había extrañado mucho. Era para él, muy difícil despabilarse sin el cafecito en el bar.

Cuando llegó al bar, se encontró con que estaban todas las mesas ocupadas. La gente había salido a la calle masivamente a disfrutar de los paseos, bares y restaurantes que estaban vedados desde hacía ya varios meses.

— Hola — le dijo un joven sentado junto a la ventana — Si quieres, podemos compartir la mesa — continuó el joven.

— Muchas gracias — agradeció Efraín al joven.

Se sentó en la vieja mesa que estaba cubierta de cáscaras de maníes y pensó en las conversaciones que podrían haberse llevado a cabo en ella, tal vez Borges estuvo allí mismo.

El joven que invitó a Efraín, tendría como unos 25 años, de muy proporcionada y fuerte contextura, de tez aceitunada y cabello oscuro, con unos grandes y penetrantes ojos negros vestido con un reluciente traje blanco. Contrastaba con Efraín que ya estaba en sus setenta y seis, algo encorvado, calvo, medio panzón y desaliñado.

— Mi nombre es Gabriel —, dijo el joven sacándose el barbijo, y como adelantándose al pensamiento del azorado Efraín, le dijo,

— Señor, no tema, la epidemia ya pasó, y nadie más se va a contagiar — afirmó con tono vibrante y muy seguro.

Efraín, como si actuara como un autómatas ante las palabras del joven, también se sacó el barbijo.

— Mi nombre es Efraín Malaquino — se presentó.

Gabriel continuó:

— Su cara denota cierta preocupación, Efraín...

— Sí, estoy un poco preocupado — y le explicó a Gabriel que era un profesor de física de la universidad y que por primera vez en su vida debía dar una clase de Mecánica Cuántica a jóvenes del secundario, sin la ayuda del andamiaje matemático que tan bien conocía.

— Es muy importante lo que vas a hacer Efraín, si quieres, puedo ayudarte —

— ¿Acaso eres físico ? — Le preguntó a Gabriel.

— No exactamente... — sonrió con picardía Gabriel, dejando ver una hermosa sonrisa vestida con una dentadura perfecta.

— Tienes un acento raro, ¿de dónde eres, Gabriel?

— Viví muchos años en Irak e Israel — respondió el joven.

— Adelantándose a lo que iba a decir Efraín, agregó —Tengo más años de los que te imaginas — y volvió a sonreír con picardía.

Efraín como para probar al joven, le estampó sin anestesia :

— Como supongo que tú sabes, la mecánica cuántica es la parte de la física que estudia las propiedades y el comportamiento de la materia a escala atómica y subatómica. Sus predicciones teóricas son correctas en varios órdenes de magnitud. Para dar un ejemplo, si se midiera la distancia entre Buenos Aires y Fortaleza, en el norte de Brasil con la precisión de la mecánica cuántica, la incerteza sería menor que el grosor de un cabello humano. Y ahora dime, cómo explico a esos chicos las características fundamentales de la física cuántica en términos simples, como por ejemplo, la dualidad onda partícula y la superposición ?

— No te preocupes por eso, yo te voy a dar ejemplos sencillos de la vida diaria que los chicos puedan entender — respondió Gabriel, y agregó,

— Supongo que estudiaste física en Ciencias Exactas —

— Sí — respondió Efraín, me recibí a fines del 69, fue una época dorada de la facultad de Ciencias, por lo menos hasta que llegó la intervención de la Facultad, cuando muchos de los mejores profesores emigraron y se fueron a diferentes partes del mundo, porque estaban muy bien valorados.

A continuación, Gabriel comenzó un largo monólogo, explicándole a Efraín cómo debería dar su clase.

“La dualidad onda partícula se puede explicar con la analogía de la playa y el mar. Todo lo que en el mundo percibimos con nuestros sentidos, está formado por ondas como las olas del mar, o por partículas como la arena de la playa. No hay otra posibilidad, pero en el mundo cuántico, las partículas parecen estar en las dos formas a la vez. En ciertos casos, las cosas cuánticas se presentan como si fueran partículas, y en otros como si fueran ondas, dependiendo de cómo estés mirando, o si quieres, en el lenguaje de la física, “como estés haciendo el experimento”. Cuando miras el arco iris, estás viendo a la luz como una onda. En determinadas condiciones, las gotitas de agua en la atmosfera producen que la onda de luz, se descomponga en los colores que la componen.

Cuando pateas una pelota muy fuertemente contra una pared, arranca algo de polvo, lo mismo sucede cuando la luz incide sobre un metal, aquí el "polvo" son los electrones. Por lo tanto, también la luz está compuesta de partículas.

La superposición cuántica, tan importante para construir una computadora cuántica, la pueden entender mediante el ejemplo del hombre que quiere pasar por un laberinto muy complicado. Para llegar al otro lado, tiene que probar todos los caminos, a menos que de primera intención encuentre la salida. Si el hombre se rigiera macroscópicamente como un objeto cuántico, se copiaría a sí mismo en tantos hombres como posibles trayectorias del laberinto, y en fracciones segundos encontraría la salida. Al entrar al laberinto, estaría en superposición cuántica, tomando todos los posibles caminos a la vez".

Gabriel hizo una pausa y Efraín aprovechó para decirle:

—Ya es suficiente, Gabriel, con esos ejemplos, si Dios me ayuda, voy a poder hacerme entender .

— ¿Crees en Dios, Efraín? — le preguntó Gabriel

— Sí, creo — contestó Efraín, a pesar que aun no entiendo porque Dios permite el mal en el mundo.

Gabriel se preparó para tomar la palabra, y dijo a Efraín :

— El mal no proviene de Dios, es obra pura y exclusiva del Maligno, hasta niveles que ni te imaginas. Tú como físico conoces la teoría del caos, que explica como el aletear de una mariposa puede ocasionar un huracán en otra parte del mundo. En muchas ocasiones así actúa Satanás, quien por cierto conoce muy bien las leyes de la naturaleza y el carácter humano. Esta pandemia fue obra de Lucifer, que por un pequeño error inocente en China de un grupo de personas generó una catástrofe mundial. De esa forma, un pequeño daño, puede generar un vendaval de maldad.

— ¿Sabes el significado de tu nombre, Efraín ?

Sin esperar la respuesta de Efraín, Gabriel continuó:

— Quiere decir llamada de Dios, y Malaquino, viene de Malak que en hebreo significa ángel, mensajero, con lo cual tu nombre es aquel que es llamado por Dios para ser su mensajero —

Ante la atónita mirada de Efraín, Gabriel extendió su mano y tocando suavemente el hombro de Efraín, continuó ;

— Nuevas consecuencias de la maldad por acción o por omisión acechan al mundo, nuevas pandemias y el cambio climático, pueden poner al mundo de rodillas, y estoy seguro que Dios no quiere eso. Por eso es importante que difundas la tecnología de la computación cuántica entre los jóvenes, ya que con su fabulosa capacidad de cálculo nos permitirán entender la naturaleza del mundo y del hombre, que Dios ha creado a su imagen y semejanza.

— ¿Qué crees tú, Gabriel, que es la imagen y semejanza de Dios? — Preguntó Efraín, y Gabriel respondió:

— Dios creó al hombre con dones naturales y sobrenaturales, con capacidad para conocer y amar a su Creador, y como señor de la Creación, el hombre puede colaborar en el plan de Dios. Aquí en la Argentina, se necesitan más jóvenes que se dediquen a la ciencia y a la innovación, que es lo único que crea riqueza. Tu misión, Efraín, es la de divulgar la ciencia, y la verdad. Ya falta poco para que la ciencia confirme indirectamente que no puede existir el mundo sin asumir la existencia de Dios. Por otra parte, Dios no puede intervenir directamente en el mundo, porque eso quitaría el libre albedrío. Sin embargo, Dios lo sustenta y está permanentemente presente.

Y continuó Gabriel:

— Dios que es puro espíritu, también hizo al mundo a Su Semejanza, la intimidad del Universo es cuántica, porque eso es lo que más se parece a la naturaleza de Yahve.

Ya era muy de noche y el bar estaba por cerrar, con lo cual, se despidieron afectuosamente y salieron, Efraín se dio vuelta y vio como la blancura de Gabriel se perdía en la oscuridad del Parque Lezama.

Efraín llegó a su casa y vio que su esposa, Em, dormía plácidamente; rápido y en silencio se acostó a su lado.

Gabriel conversaba animadamente con Miguel y Uriel, todos sentados en el divino tabernáculo. En eso, se presentó El Tetragramatón seguido de los otros cuatro.

Se dirigió a Gabriel y dijo:

— *Suspenderé la acción del automatón cuántico y este Universo dejará de existir .*

— *Por favor, Sire—, imploró Gabriel, — no lo hagas .*

— *No han entendido el mensaje de mi Hijo Querido, El Crucificado, siguen arruinando la Creación y a ellos mismos. Resucitaré a los justos en el último universo, y además, ya me lo has pedido siete veces Gabriel — agregó Yahvé.*

— *Y te lo pediré otras setenta veces siete — respondió Gabriel.*

Yahvé se retiró seguido de un coro de ángeles que cantaba un canto tan hermoso que sería insoportable para el oído humano, "Ehyeh Asher Ehyeh ... Ehyeh Asher Ehyeh ..."

Ema sacudió a Efraín:

— ¡Despiértate de una vez, por favor! —, dijo con voz excitada y lágrimas en los ojos.

— ¿Qué pasa... qué pasa...? — balbuceó Efraín medio dormido mientras se erguía en la cama.

— ¡Hemos invadido Las Malvinas, son nuestras! — gritó Ema muy exaltada.

Efraín se levantó de un salto, miró en el espejo de la cómoda su cara joven con el pelo enmarañado y corrió a buscar sus apuntes de mecánica cuántica.

Casilda y su normalidad Mención

María Isabel Racedo

Era una noche de tormenta, la lluvia arreciaba contra los vidrios de las ventanas, dando una sensación de vulnerabilidad a la vieja casa de campo. Casilda pensó que duraría toda la noche, así que se acomodó en el viejo sillón frente al fuego de la chimenea disponiéndose a leer. La distrajo una pequeña explosión de chispas que brotaron del tronco de quebracho que había colocado para que durara por lo menos hasta el amanecer. Dejó el libro, y se puso a contemplar el fuego, que le traía muchos recuerdos de su vida. En su infancia, en los fríos inviernos, la cocina a leña juntaba a todos los miembros de la familia a la hora del desayuno. Su infancia era una de las cosas que más recordaba a sus casi ochenta años... los buenos recuerdos nunca se olvidan... Pensando en eso se acordó de lo que había oído en la televisión, que alguien había dicho que después de esta pandemia, cuarentena de por medio, las cosas no volverían a la normalidad. ¡Definir

normalidad es una cosa muy complicada, porque lo que es normal para unos, puede ser anormal para otros! Sonriendo para sí, dejó que sus pensamientos siguieran su curso, sacando la conclusión que en realidad su “normalidad” habían sido siempre cambios, cuando chica, las mangas de langostas que oscurecían el cielo en pleno día dejaban en 24 horas lo que había sido un vergel en un páramo, dando por tierra todo el trabajo de los jardines y las cosechas. Pero esa era la naturaleza, como les explicaba su padre. A la edad escolar, Casilda y sus hermanos fueron a un colegio pupilos, ya que las distancias eran grandes para ir y volver en el día. Hay que tener una buena educación, decían sus padres. Y así, sucesivamente fue recorriendo las distintas etapas, adolescencia, primer amor, las desilusiones propias, la búsqueda del camino correcto, su casamiento, sus hijos, y todo lo que conlleva criar a una familia, los problemas económicos, el salir a trabajar, en fin. La vida es un camino, una búsqueda, que solo termina cuando Dios dispone. Pensando en Dios, ella se sentía siempre acompañada por Él. Su fe era su tesoro máspreciado. En esos días se celebró la fiesta de Pentecostés y pidiéndole iluminación al Espíritu Santo, recordó a Moisés y la Huida de Egipto. Increíble, sí, algo increíble, pasaron cuarenta años, y cuando llegaron, Moisés solo pudo vislumbrar desde lejos la Tierra Prometida. Meditando sobre eso, Casilda sintió una revelación en su corazón, esa historia, era su historia (y las de muchos), en esos cuarenta años cuántas cosas habían pasado, hambre, sed pestes, muertes, insurrecciones, ídolos falsos, toda una lucha para Moisés que con la ayuda de Dios llegó a buen puerto. Eso era importante, cómo cada uno transita el camino para llegar a la meta, y con el Todopoderoso a su lado, nada fue imposible.

Y también sintió una gran consolación, pensando que aunque Moisés no llegó a la Tierra Prometida, la vislumbró en cada encuentro que tuvo con el Señor, en cada lucha ganada, en las Tablas de la Ley. Así como ella, en el crepúsculo de su vida, pudo percibirla en los amaneceres, en la luna llena frente al mar, en los magníficos paisajes, en lo alto de una montaña, en los inocentes ojos de sus hijos, y ahora de sus nietos que le habían dado un nuevo sentido a su vida. Sintió una gran paz, y aunque el capítulo de su vida no había terminado, ese pensamiento le daba fuerza para seguir adelante. Ya era el amanecer, el quebracho aún ardía, la lluvia seguía cayendo, pero la tormenta había amainado.